

Fin de Carrera

A. Mangarres

FIN DE CARRERA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria

Los autores se reservan el derecho de traducción

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A Antonia Plana

y Luis de Llano

*dedicamos nuestra primera producción como
pequeña prueba de un gran agradecimiento.*

M. Alfonso Manjarris

Enrique de Orbe.

Bilbao, 1 de Enero de 1914.

REPARTO

ISABEL	ANTONIA PLANA.
D. ^a ROSALÍA	MARÍA BRÚ.
ROSA MARÍA	MARIA F. ROXALA.
CARMEN.	CONCEPCIÓN BANQUER.
CURRA	VICENTA VARELA.
MANUELA	MANUELA VALLS.
JOSÉ LUIS	LUIS DE LLANO.
DON ABEL	JOSÉ RAUSELL.
DON MANUEL.	PASCUAL SÁNCHEZ-BORT.
CEPEDA :	FRANCISCO HERNÁNDEZ.
REQUENA	EMILIO DIAZ.
ALVARO	NICOLÁS NAVARRO.
CARTERO	PEDRO GONZÁLEZ.

De derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Estamos en un pueblecillo de mil habitantes de la provincia de Almería. En una hermosa finca que adquirió en propiedad don Manuel Quijano y Villarreal, para descansar allí en el invierno de su vida. Con él habitan la mansión su esposa y dos muchachas huérfanas á quienes sus tíos recogieron para desquitarse de los malos ratos que *la calamidad* de su hijo José Luis, que en la Corte estudia, les dá. Es una mañana del mes de Julio, calurosa como pocas.

La escena representa la entrada de la casa: un «hall» que diríamos los modernos, pero amueblado por los serios moradores de la mansión, muy aficionados al confort del pasado siglo.

El fondo es una mampara de cristales con una puerta de dobles hojas que dá al jardín; las ventanas que habrá á los lados de la puerta están cubiertas con visillos, obra, éstos de Isabel é indispensable en toda morada gobernada por manos femeninas.

A la derecha, dos puertas: una que conduce á la salida de la calle y otra que comunica con las habitaciones interiores. Los muebles que aparecerán en escena serán elegidos á gusto del que dirija la «mise en scene» pero no estará demás advertirle, que es esta habitación la más apropósito de la casa, para que descansen sus siglos la clásica arca, frente al vetusto reloj de caja.

Entre los cuadros, no muchos, que habrá en las paredes, podrá figurar el de un glorioso antepasado de don Manuel Quijano y Villarreal, muerto en defensa del honor nacional.

ESCENA PRIMERA

La escena sola. Aparece al poco tiempo CURRITA, criada de la casa bonita y resposdona. Trae el desayuno de don Manuel.

CURR. (Disgustada) Primero ayí... después á la glorieta... de la glorieta á la sala chica, y de la sala chica á su habitación... La de tóos los días. Hora y media pá buscar sitio.

La pasiensia que es menesté con ese hombre...

(Entra Manuela, antigua criada de la casa).

MAN. ¿Ya habla sola, Currita?

- CURR. Currita está mas quemá que los fuegos artificiales del año pasao. Eso es
- M. MAN. ¿Ese desayuno es el mismo de antes?
- CURR. Er mismo. Cá día lo quíe en un sitio distinto. Primero en la huerta, después en er jardín, luego en la sala y por último en su habitación. La de tóos los días, señó, la de tóos los días.
- M. MAN. Exageraciones tuyas. No es tan difícil contentar al señorito.
- CURR. ¿Difisil? Más que un sarto mortal.
- M. MAN. ¿Sabes lo que te digo, Currita? que como no se decida pronto, cuando tome el señorito el desayuno, vá á parecerle un refresco.
- CURR. Tambien es verdá.
- M. MAN. Vete ya, que ahí viene la señora y no la gusta vernos de palique.
- CURR. Menos me gusta á mi verla á eya, y me aguanto. Esa es otra. Tié peor humor que mi Paco y la aguanto más. (Se vá por la segunda derecha).
- M. MAN. Desde que la dijeron á esta niña que el mal humor la agraciaba, se le ha puesto un genio que no hay quien la aguante.

ESCENA SEGUNDA

(D.^a ROSALÍA Y MANUELA)

- D.^a ROS. Hola, Manuela.
- M. MAN. Buenos días, señora.
- D.^a ROS. ¿Con quién hablabas?
- M. MAN. Con Currita, señora.
- D.^a ROS. ¿Continúa el mal humor?
- M. MAN. Sí, señora.
- D.^a ROS. ¿Pero qué le sucede á esa criatura? Estos días está imposible. Me vá dando miedo decirle nada.
- M. MAN. Si la señora me permitiese, yo la diría que...
- D.^a ROS. Habla, Manuela.
- M. MAN. Que Currita, señora, está cerril. Porque la dije que no había recogido la vajilla nueva, me ha dado un empujón que á poco me tira. Perdóne-

me la señora, pero está cerril. Y emplea unas frases y un lenguaje... á mi me ha llamado varias veces...

- D.^o RCS. Bueno.
- M.^o MAN. Me ha llamado...
- D.^o ROS. Que no quiero saberlo, Manuela. Luego hablaré con ella. ¿Llegó el correo?
- M.^o MAN. Todavía... señora.
- D.^o ROS. Tampoco habrá escrito hoy... ese hijo mío.
- M.^o MAN. ¿Vendrá pronto, señora? Tengo unas ganas de verle.
- D.^o ROS. No lo sé, Manuela. No lo sé. Es tan loco... Dí á Currita que no se olvide de mi encargo, que se espavile.
- M.^o MAN. ¿A Currita?
- D.^o ROS. A Currita, sí.
- M.^o MAN. Está bien. ¿Manda algo más la señora?
- D.^a ROS. Nada más.
- M.^o MAN. (Con alegría). El cartero, señora.
- D.^a ROS. Que pase, Manuela, que pase.
- M.^o MAN. (Desde la puerta) No llame... entre.
- D.^a ROS. Adelante, Ramón.

ESCENA TERCERA

Dichos y el Cartero, que como es de suponer, dada la poca importancia del lugar, no vestirá de uniforme y puede únicamente usar como distintivo una gorra galoneada.

- CART. ¿Hay premizo?
- M.^o MAN. Sí, sí.
- CART. Güenos días tengan ustés tóos.
- D.^a ROS. ¿Hace calor, verdad?
- CART. Calor ez poco, señora. Está la carretera que es un horno... Y no zúo ná...
- D.^a ROS. Pase y descanse, Ramón.
- CART. Muchas gracias, señora. Tome uzté; pá la señora Isabel.
- D.^a ROS. ¿Nada más?

- CART. Na más... Y no zúo ná. Como ziga er día asina, er correo der medio día lo vá á repartí er Ministro de Fomento.
- D.^a ROS. ¿Está usted seguro, Ramón? ¿No habrá quedado alguna?.. Mire por si acaso...
- CART. No señora, no. Esta pá don Higinio, er de la botica, que ya podía mudarse un poco más abajo. Er «Sol y Sombra» pá er Capellán de las monjas y una carta pá Pacorro, er hijo de la señá Mariana, que está en las Américas. Luego tendré que golver á ponerle er borraor pa la contestación, No hay más. ¿Manda argo la señora?
- D.^a ROS. Nada. ¿Qué noticias tiene usted de su hijo, Ramón?
- CART. ¿De mi hijo? De mi hijo, señora, no sé mas que dos cosas: que está güeno y que mardita sea su estampa.
- D.^a ROS. No se queje, Ramón. Todos tenemos alguna penosa cruz que llevar.
- CART. Asi disen. En fin. Sol y pasiencia... Hasta mañana, señora.
- D.^a ROS. Adios.

ESCENA CUARTA

(DOÑA ROSALIA Y MANUELA)

- D.^a ROS. ¡Tampoco hoy ha escrito!... ¡Ese hijo mío!...
- MAN. Tendrá tanto que estudiar.,
- D.^a ROS. ¿No ha vuelto Isabel de misa?
- MAN. Todavía... señora. Ya no debe tardar. ¿Dejaré la carta en su cuarto?
- D.^a ROS. No. Ponla sobre la mesa; ahí mismo. Que la vea en cuanto llegue.
- MAN. ¿Manda algo más la señora?
- D.^a ROS. Nada Manuela, nada. No olvides mi encargo.
- MAN. No se me olvida (marchándose), Que espabile á Currita... á Currita... no se me olvida.

ESCENA QUINTA

D a Rosalía, luego Isabel. Esta florecilla de 21 Mayos, alegría de la casa y consuelo de sus tíos, viene de misa tocada de clásica mantilla y con devocionario y rosario en la mano. Viste trage clásico y deja sobre la mesa, al entrar, un ramo de flores distintas, que á su paso por el jardín ha cogido.

D.^{ta} ROS. Y van tres días que no escribe... ¿Le pasará algo? Dichosa carrera y dichoso Madrid... No hay más remedio, voy á decirselo á su padre. Le vá á sentar peor que el agua después del gazpacho, pero no hay otro remedio. (Mutis por la puerta izquierda).

ISAB. (Por la puerta del jardín. Antes suenan en el reloj nueve campanadas) ¡Uy! las nueve. Me he entretenido. A la salida de la Iglesia, ya se sabe, reunión magna. Me han cogido por su cuenta D.^{ta} Elvira la señora del Registrador y D.^{ta} María y creí que no me dejaban volver. (Viendo la carta) ¿Para mí? ¡Ah sí! (Lee).

En noche azul amores voy buscando,
y embriagado en aromas de vergel,
sentí una voz divina pronunciando
entre sueños el nombre de Isabel.

—

Flor que á la dama en dulce armonía
cantabas el amor de su doncel.
Flor que inspiras al alma poesía
flor de ilusión, te llamas Isabel.

—

La pluma que vagando presurosa,
traslada mis ideas al papel,
hoy se sintió feliz, hoy es dichosa,
tres veces trazó el nombre de Isabel.

...Qué bonitos son... «Tres veces trazó el nombre de Isabel».

ESCENA SEXTA

ISABEL y D. MANUEL, que viene de sus habitaciones

- D. MAN. ¡Hola, muñeca!
- ISAB. Títo, buenos días.
- D. MAN. Buenos, muy buenos, extraordinariamente buenos.
- ISAB. Parece que lo dices con ironía. ¿Por qué?
- D. MAN. Por nada.
- ISAB. Por nada nó. ¿Qué te pasa? Mírame, ¿á ver? ¡Jesús! ¡borrasca! Tito, ¿qué ha sido ello? ¿No lo puedo saber yo?
- D. MAN. Nada, sobrinilla. Vamos á ver, ¿qué tal te encuentras?
- ISAB. Mejor que nunca; te lo aseguro.
- D. MAN. Naturalmente. Ya te lo dije. Déjate de Granada, deja aquella gente, vuelve á esta casa y fuera enfermedades... fuera mimos, porque fueron mimos. Eres muy aprensiva, y tu tía... ¡uy tu tía! mucho más aprensiva todavía. Esto es hermoso; aquí se hace acopio de vida para la vejez. Estoy convencido: es el secreto de la longevidad... si no fuese por...
- ISAB. ¿Por qué?
- D. MAN. Por nada; no me hagas caso.
- ISAB. Tu estás preocupado. ¿Acaso no puedo yo saberlo? ¿Verdad?
- D. MAN. Qué cosas dices: son asuntos de...
- ISAB. ¿De Pepe Luis?
- D. MAN. ¿Cómo lo sabes?
- ISAB. Qué podrá preocuparte á ti en el mundo que no se relacione con tu hijo, ¿no es verdad?
- D. MAN. Sí, Isabel, sí. El es mi preocupación, tú lo has dicho.
- ISAB. ¿Tampoco ha escrito?
- D. MAN. (Irónico) No puede. Está muy ocupado ahora. Los exámenes, el repaso, el tribunal. Eso dice su madre... Yo no digo nada... ¿para qué? (Vuelve Currita con el desayuno, buscando el modo de deshacerse de él)

ESCENA SÉPTIMA

(Dichos y Currita)

- CURR. ¿Se le pongo aquí, señorito?
D. MAN. Sí... aquí. Déjalo por ahí.
CURR. ¡Gracias á Dios!
ISAB. ¿Dónde está la señora?
CURR. Ayá adentro, señorita Isabel, regando las flores de toas las masetas. ¿Pueo retirarme, señorita?
ISAB. ¿Quieres algo, tío?
D. MAN. No, nada... Oye Currita... (Currita medio mutis.) deja esto en mi cuarto.
CURR. ¿En su cuarto?
D. MAN. En mi cuarto, sí, en mi cuarto.
CURR. (Desesperada) ¿Le parese á usted? (El suspiro que lanza llega á Fuenterrabía.)

ESCENA OCTAVA

(DON MANUEL É ISABEL)

- D. MAN. Pues sí, sobrinilla. Ese muchacho me dá mucha guerra, pero ¡cómo ha de ser!
ISAB. Lo juzgas muy mal tito. Vaya usted á saber si el pobrecillo no levanta en todo el día la cabeza de los libros. Su afán fué siempre terminar su carrera; hacerse ingeniero. En sus cartas lo dice «quiero concluir este año» y ya le conoces, concluye este año. Es época de exámenes ahora., ¿Que no escribe? Espera á que se examine y entonces júzgale. Estoy segura de su éxito.
D. MAN. Sí, sí... ¡Ojalá!
ISAB. Ya lo creo que sí.
D. MAN. Acuérdate del año pasado; fué muy bien preparado y no le valió.
ISAB. Fué una injusticia confesada por todos sus compañeros, y no hablemos más de esto, ea, alégrate.
D. MAN. Tienes razón,

ESCENA NOVENA

Dichos y Don Abel. Este, que es el Párroco de Santa María, al entrar trae en una mano recogido el manteo y en la otra mano la teja.

Esto es muy natural después del paseito que más tarde relata. Durante esta escena, colocará el manteo y la teja sobre una silla y al hacer *mutis* Isabel, se las llevará adentro, quedándose, pues, durante todo el acto el bueno de don Abel cubierto con el solideo. Esto dará idea de la gran intimidación que une al clérigo con los señores de Quijano y Villarreal, en cuya morada pasa la mayor parte del día. No está achacoso, á pesar de su edad y de la blancura total de sus cabellos. Su naturaleza fué en extremo robusta, tanto que no ha conseguido vencerla el peso de 61 años de vida en este mísero mundo. Calza zapatos de hebilla y la sotana deberá ser de alpaca, dada la temperatura de la estación.

D. ABEL. ¿Se recibe?

ISAB. ¡Don Abel!

D. ABEL. ¡Hola, mariposilla! ¡Qué diíta, Manuel! Se asfixian los pájaros.

D. MAN. Aquí estará usted más cómodo (ofreciéndole una silla).

D. ABEL. Me siento, sí, que el paseito de hoy ha sido fuerte.

ISAB. Hasta la peña grande lo menor.

D. ABEL. Hasta la cueva negra, pasando por la ermita. ¿Qué te parece?

ISAB. ¿Todo eso?

D. ABEL. Y la vuelta por el Romeral, y tengo 61 años.

D. MAN. No me atrevería yo á tanto.

ISAB. Más que paseo parece una excursión.

D. ABEL. Tú estás hecho un viejo, Manuel, ahora no vas ni al tresillito siquiera.

D. MAN. Me cuesta trabajo salir.

D. ABEL. Malo.

D. MAN. Me emperezo...

D. ABEL. Peor. La pereza es un agotamiento de la voluntad y la voluntad no debe agotarse... ¿Sabes lo que te digo, chiquilla?

ISAB. ¿Qué?

D. ABEL. Que el limonero que planté el año pasado, está hecho un real mozo. Siempre que vengo lo visito y lo riego. Lo planté yo ¿te acuerdas? También hizo calor aquella mañanita.

- ISAB. Ya lo creo que me acuerdo.
- D. ABEL. ¿Y Rosalía?
- ISAB. Por ahí dentro. Voy á decirla que está usted aquí.
¿Quiere usted tomar algo, Don Abel?
- D. ABEL. Nada, muchacha. Mil gracias. Tu hermanita estará
trabajando en la huerta ¿verdad?
- D. MAN. Aquella no para. Todavía no la he visto hoy.
- D. ABEL. Jé... Jé... Jé...
- ISAB. (Coge la mantilla, el rosario, el libro, etc., etc.) Hasta
ahora, Don Abel.
- D. ABEL. Adios, hija mía.
- ISAB. Adios, tío.
- D. ABEL. ¡Pobrecilla!... ¡Es un ángel!...

ESCENA DECIMA

(DON MANUEL Y DON ABEL)

- D. MAN. Me alégro que nos hayan dejado solos. Necesito
hablarle.
- D. ABEL. Lo presumía. Te he encontrado silencioso, pen-
sativo y te conozco hace 32 años. ¿Qué te pasa?
- D. MAN. Don Abel, no lo sé. Es una preocupacion lógica,
muy lógica y necesito de usted muy de veras.
- D. ABEL. ¿Por qué no me has avisado?
- D. MAN. No es tan urgente... además, todos los días hace
usted su visita y no había más que esperar la
ocasión que ahora se me presenta.
- D. ABEL. Bueno, bueno, pues tú dirás.
- D. MAN. Quizá sea una tontería, pero...
- D. ABEL. ¿No habíamos quedado en que era lógica? En
lógica no existen tonterías. ¿En qué quedamos?
Se trata ¿acaso de tu pariente Buenaventura?
- D. MAN. No, Don Abel. De Buenaventura no quiero saber
nada. Usted, mejor que yo, sabe los disgustos
que su proceder han traído á esta casa, donde
no se le regateó nunca nada, pero hoy, Don Abel
su matrimonio con esa mujer, su vida, sus cana-
lladas, me han obligado á tomar la resolución
que usted no ignora. No quiero verlo, no quiero
verlo. Se trata de mi hijo.

- D. ABEL. De José Luis.
- D. MAN. De José Luis, sí, me tiene muy preocupado.
- D. ABEL. Veamos.
- D. MAN. Este año termina... debe terminar su carrera. Dentro de muy pocos días concluirá los exámenes y dentro de algunos más le tendré aquí, á mi lado. Lleva seis inviernos en Madrid no careciendo de nada, gastando con exceso, hecho á esa vida de capital, que lejos de sus padres y con las espaldas guardadas, la convierten en una aclimatación al vicio, en una libertad muy perjudicial. Don Abel, siento escalofríos al considerar el salto que supone meterle en este pueblo, donde forzosamente ha de aburrirse mi hijo. La ilusión de su madre y la mía, es verlo con nosotros, tenerlo á nuestro lado y esto don Abel lo veo irrealizable. Nuestro egoísmo es mucho. Le hemos abierto los ojos y ahora queremos no perderlo. A esa edad la voz de los amigos, tiene más vibración que la de un padre que le llama. Don Abel, mi hijo es mi preocupación. ¿No lo cree usted también?
- D. ABEL. ... ¿Y dices que termina este año?
- D. MAN. El año pasado por esta época fueron los exámenes.
- D. ABEL. Quizá sean exageradas tus preocupaciones. Sus cartas afirman el afán de verse entre vosotros.
- D. MAN. ¡Sus cartas!... En las últimas vacaciones estuvo con sus padres 15 días, se fué á Granada á casa de mi primo Ramón y allí se hubiese quedado si no fuera por mi sobrina Isabel, que empezó á sentirse malucha y tuvo que traerla. Yo lo comprendo. Lo hemos acostumbrado muy mal.
- D. ABEL. No le habeis privado de nada y esto Manuel, no ha sido prudente.
- MAN. He querido reducir su pensión; he llegado á negarle ciertas cantidades... pero si pedía cien y se las negaba, seguro estaba que su madre, bajo cuerda, le mandaba doscientas. He pensado montar en el pueblo una fábrica de... cualquier cosa, ponerle á él al frente, algo que le obligue á quedarse, pero Vd. conoce esto y bien vé que no es posible,

D. ABEL. Nó, nó. Una fábrica nó, Manuel... yo no lo creo imposible.

D. MAN. Sí, Don Abel.

D. ABEL. Nó, caramba. Déjame á mí. Con el auxilio del Señor y mi gran voluntad, se arreglará todo. ¿Qué ha de ser un imposible? En mi vida, Manuel, hay muchos momentos que, encerrado entre los muros de la reflexión, y entregado por completo á mi pobre imaginación, creo un mundo mío, especial. Un mundo á mi antojo. Feliz, muy feliz. Y poco á poco, enlazo familias; corrijo pasioncillas, extirpo defectos, doy riquezas donde debiera haberlas. Acribillo orgullos. Doy salud donde falta. Separo de mi mundo á quien perjudica. Tengo mis sabios, mis hombres de fama: en una palabra, veo en mi mundo, ó en mi aldea, como quieras llamarlo, lo que quisiera ver en este. Familias que aquí sufren, allí las veo yo alegres, risueñas siempre. Infelices que vagan por esas calles, sin amparo alguno, en mi mundo tienen sus puestos. Los hay ingenieros, hacendados... de todo. En mi mundo hay de todo. Y en ese mundo mío, veo á tu hijo Josè Luis, como tú lo sueñas, quizá sin darte cuenta de ello. Déjame, Manuel, que tal cual yo lo veo, que tal cual allí vive, lo traiga á tu lado y si consigo transportarlo tal como está, será el mayor premio que el Señor pueda inmerecidamente concederme. Déjame, Manuel, déjame, que asunto es este, de tal monta, que he de poner en él todas mis fuerzas, y tan seguro estoy de mi obra, que me siento feliz, muy feliz, considerando ya como un hecho lo que tú juzgas irrealizable. Vives ciego, Manuel, vives ciego.

D. MAN. No le entiendo... quizá sea...

D. ABEL Bastante es que me entienda yo.

ESCENA UNDECIMA

(Dichos y Carmen)

(Entra Carmencilla sofocadísima)

CARM. Buenos días don Abel.

D. ABEL Hola, feucha.

- CARM. (Besando á D. Manuel) ¿Qué tal, tío?
- D. MAN. Muy disgustado contigo. ¿Le parece á Vd., Don Abel? El día menos pensado, nos coge una in solarión y entonces será ella.
- CARM. ¿Tan sofocada estoy?
- D. ABEL Déjala, Manuel. Las florecillas en Mayo necesitan sol, mucho sol.
- D. MAN. ¿Donde ibas?
- CARM. A esperar á Rosa María. La he visto venir.
- D. MAN. Bueno; vámonos al jardín don Abel. No quiero que nos mareen.
- D. ABEL Vamos, sí, como quieras.
- D. MAN. Y arreglate un poquito, que tienes una cara que es un desconcierto.
- D. ABEL No le hagas caso.
- CARM. ¿Tan mal estoy, don Abel?
- D. ABEL No, hija mía.
- CARM. Hasta colorada me he puesto ¡Soy más tonta!...
- D. ABEL Jé... jé... jé...
- D. MAN. Vamos, vamos.
- D. ABEL Adiós, chiquilla.
- CARM. Adiós, don Abel. Adiós, tío.
- D. MAN. En la glorieta no nos molestará nadie.

(Se van don Abel y don Manuel)

(Carmencita se dispone á recibir á su amiga Rosa María. Antes, corta una rosa y se la prende en el pecho).

(Entra Rosa María).

ESCENA DUODECIMA

(ROSA MARÍA Y CARMEN)

- R. MARIA ¿Se podrá pasar, verdá?
- CARM. Adelante, chiquilla.
- R. MARIA Hola Carmenciya. ¡Ay qué caló! ¿Como estás? (Se besan).
- CARM. Bastante mejor que tú.
- R. MARIA ¿Mejor que yo? Lo creo. Estoy desesperá... y me siento... porque no puéo más. Con er caló de hoy, que yo no sé á que viene tanto caló, la verdá, y er sofocón que me he llevao, estoy que no

sé qué vá á ser de mí. Porque esto no pué ser bueno... y lo que desía un amigo de mi papá, empleao en er Ayuntamiento con ocho mil reales, casao con una de Cádi, y que tenía mucha gracia. Tóos estos berrinches no quean dentro, no señor. Por algún sitio salen. Ayá veremos por donde sale er que me he yevao hoy. Er der mes pasao, ya tú lo viste, una irritasión en toa la boca que estuve quince días sin poder hablá. ¡Josú que quince días! Pá yamar á arguien tenía que silbarle (gesto de silbar).

CARM. Jesús, hija, pues no vienes tú poco nerviosa. ¿Que te pasa? Alguna tontería, como si lo viera, porque te ahogas en un vaso de agua.

R. MARIA ¿En un vaso de agua, eh? ¿Alguna tontería? No, si lo que á mí me pasa es pá cantá un himno. Vas á dírme si es una tontería. ¡Dios mío, qué caló!

CARM. ¿Quieres tomar algo?

R. MARIA Muchas gracias. Me sentaría como un tiro.

CARM. ¿Has vuelto á reñir con Gabriel Lujan?

R. MARIA No lo nombres más, por tu salú... ¿Hombres? Así son tóos. Hipócritas... salameros... farosos... mucha palabra... mucho suspiro y... muy poca vergüensa, si señó.

CARM. Mira, cálmate, que yo no se el disgusto que te habrás llevado ni por donde podrá salir, como decía aquel amigo tan gracioso de tu padre, empleado en el Ayuntamiento con ocho mil reales y casado con una de...

R. MARIA No te burles, no te burles.

CARM. Pero, hija mía, el sofocón que te estás dando ahora...

R. MARIA Bueno, pues sí. He güerto á reñí con Gabrié Luján y ahora cruz y raya.

CARM. Me lo figuraba. Llevabais muchas semanas tranquilos. ¿Qué te ha hecho?

R. MARIA Qué no pué sé. Que le han ido contando no sé qué historias de que yo y Aldama, miá tú que Aldama... y el niño se las traga como puños. Sabe que me tímó con él; sabe que hablamos solos; sabe que tóos los días nos vemos mu disimula-

mente... ¿Qué sé yo las cosas que sabe?... Quién habrá sido er inventó de tanto embuste? Esteriya se güerva, pa que tóo er mundo lo pise!

CARM.

¿No sospechas de nadie?

R. MARIA

Me dá er corasón que es Carlitos Lusena. Ya tú sabes que no nos tragamos ni en pírdoras. Góo lo que tié su hermano Paco de agrao y fino, lo tié éste de bruto y de desgarbao. Es más ordinario que un sepiyo. Aluego, hay que verlo andar. Con la puntita de los piés, á saltitos, como los gorriones. En mi casa le llaman el hombre porka. Es una perdisión de criatura. ¿Tú has visto ná má feo? A mí no me pué vé. Er otro día, en casa de doña Amalia, me puso en ridículo por lo de las fartas de ortografía. Es atroz. Y sabes desde cuando está así conmigo? Desde que le dije que no podía sé.

CARM.

Es capaz de todo.

R. MARIA

No pierde ocasión pá haserme daño. Er domingo pasao... ¿Er domingo fué?... Sí, er domingo pasáo, que estrené er trajesiyo rosa, que no es que yo lo diga... pero que sea por mis colores... sea por lo que fuere... me favorese argo; pues bueno, en cuanto me vió, le fartó tiempo pa asercarse, y ¿qué creerás que me dijo?

CARM.

Alguna impertinencia.

R. MARIA

Se me queó mirando de arriba abajo y me dise: ¡hija mía, yeva usté un trajesiyo que paese la corgadura nueva del Ayuntamiento de mi pueblo!

CARM.

¡Qué bruto!

R. MARIA

¿Te paése? Y ese na má pue sé. Gabrié no ha querío desírmelo; pero yo te juro que voy á revolver Roma con Santiago y como averigüe quien ha sido... se vá á acordar de mí pa unos años. Dime si es una tontería.

CARM.

No te apures. Yo preguntaré á Requena...

R. MARIA

No y no. A Requena no preguntes na. Tú no quieres convenserte de lo que es Requena.

CARM.

Rosa María, por Dios. La tienes tomada con el pobre muchacho.

R. MARIA

No lo defiendas. Ese es er sinvergonsón más grande que hay en er pueblo.

- CARM. Después de Carlitos Lucena, naturalmente.
- R. MARIA Ayá.. tal para cual. Buenos son los dos. Y Requena te tié engañá. Yo no sé que te has figura do tú que es Requena.. Si yo te contara .. Mira, no es murmuración, que Dios me libre, es que es un piyo mas cnamoradiso que un galán de come dia. No hay muchacha en er pueblo á la que no haya hecho el amó. Ahora estás tú en turno y contigo va á haser lo que con toas. Lo que con toas no, que Rosa María Veliya y Heredia, se libró de la quema, porque fué la única que lo conosió. Ha yegao á tené tres novias á la vé y había que oí lo que contaba luego en el casino.
- CARM. Buenas serían las tres.
- R. MARIA Tu las conoses: Rosariyo Berasa.
- CARM. ¿No lo dije? Plantada en los 25, desde que cumplió los 30.
- R. MARIA Matildita Pando..
- CARM. Más empalagosa que el cabello de angel.
- R. MARIA ...Y Angelita Monsón.
- CARM. Que le correspondía con creces, porque ella tenía cuatro novios. Pero en fin, si el tal Requena se decide á probar suerte conmigo, ya tu verás sino le pongo yo de gamuza en menos tiempo que tardas tú en arreglarte con Gabriel Lujúan
- R. MARIA ¿Con Gabriel? Llama á otra puerta, que aquí no quea nadie.
- CARM. Ya me lo contarás, Rosa María, que eso mismo me lo vienes diciendo cuantas veces riñes con él y llevas más de quince en lo que va de año.
- R. MARIA Si tóos son lo mismo. No hay que hacer caso á ninguno. Tu primito José Luis estaba loco por tu hermana Isabel ¡Jesús como estaba el pobresillo! Pué ya tú lo viste... á Madrid se fué más formal que un juez. ¡Hay pa arrastrarlos!
- CARM. Aquello no fué nada, con tanto fuego empezó que ardió todo enseguida. Duró muy poco.
- R. MARIA En cuanto comprendió que no le era indiferente. Se le subió la satisfasión al serebro y se orvidó de tóo. Ese es otro. En ese dichoso Madrid debe tener Pepe Luis más líos que una mudanza.
- CARM. Ayá él.

- R. MARÍA** Pero á tu hermana no se le ha pasao tan prontô. Y la tonta es ella, que se acuerda de él. Ya me ves á mí. ¿He reñío con mi novio hoy? Pues no hay que pegarse un tiro por eso. Esta noche voy á la reunión de Anita Parma que van muchos poyos y allá veremos sí soy tan fea como disen. ¡Soltera no me he de quedar!
- CARM.** Eres el demonio.
- R. MARÍA** Cambiemos la conversasión, que ahí tenemos ya al mediquillo Alvaradito Carreras. Se me antoja, se me antoja que no viene á esta casa solo... Es presiso ser siega.
- CARM.** Solo viene.
- R. MARÍA** Con más ilusiones que á los veinte años. Por tu hermana Isabel está matando este hombre á medio pueblo... Está sorvío.
- CARM.** Allá el. (Llega Álvaro Carreras)

ESCENA DECIMA TERCERA

(Dichos y Alvaro)

- ALV.** ¿Molesto?
- CARM.** ¡Eh!
- R. MARÍA** ¡Josú que susto!
- CARM.** ¿Qué tal, Alvaro?
- ALV.** Bien, y usted, Carmen, y usted, Rosa María?
- R. MARÍA** Rosa María se ha quedao fría der susto. Mire usted las manos.
- ALV.** ¿Receto?
- R. MARÍA** ¡Un demonio!
- CARM.** Siéntese, Alvaro.
- ALV.** Está esa carreterita que es una broma. Si mañana nos hace este día, vamos á derretirnos.
- R. MARÍA** ¿Que mejó que mucho sol pa las espedisiones? Es muy molesto, es verdad, pero aquí Carmensilla se acordará de una que hisimos á la misma Cueva de la Virgen, presisamente hase dos años, nos pescó un aguasero ayá arriba, que cuando llegamos ar pueblo, no se nos conosía á ninguno

¡Virgen de la Esperansa, que manera de caer agua! Yo entré en mi casa, que ni con un tiro me dejaban seca.

CARM Por esta época también.

ALV. Una noticia. Merceditas Lahera no puede venir. Tiene un tío muy malo en Jaca. Esta mañana me lo ha dicho.

CARM. No sabía nada.

R. MARIA Pero qué tío malo ni qué niño muerto. Lo que le pasa á Mercedes Lahera es, que sabe que su novio no pué ir á la excursión y como ella no quiere ir sin er novio, ha inventao ezo. Esa es la enfermeá der tío de Jaca. Er novio. ¡Que no conosco yo á la niña!

CARM. Quizá tengas razón.

R. MARIA Ya lo creo.

ALV. Y de los preparativos ¿qué?

R. MARIA Sepeda estuvo en casa esta mañana. Ya tie casi tóo dispuesto.

ALV. ¿Quién es Cepeda?

CARM. ¿Pero es posible que no conozca usted á Cepeda?

ALV. Salgo muy poco.

R. MARIA Vive usted en la luna, hijo mío. Sepeda es el indispensable pa estas excursiones. El se encarga de tóo; de la comía, se encarga de los burros, der carro pa las personas mayores, se encarga de sacá er permiso der Ayuntamiento pa los cohetes, retrata, hase la reseña pa er diario, avisa á tó er mundo, tóo, Sepeda lo hase tóo. Luego es eya ¿Sabe uste? Porque aquí pa entre nosotros, que tóo hay que decirlo, él tié sus preferencias, claro está, y no las disimula. Me encajó á mi er año pasao un borriquillo tuerto der izquierdo y con una nube en el derecho, que aquello fué er colmo. Bueno estaba er pobresillo pa una excursión. Er colmo. Ya se lo he dicho está mañana, muy seria, ó me agensia uno desente ó me voy en er carro con las personas de respeto.

ALV. Pues no tengo ni idea de quien pueda ser, pero en vista de esos datos. ¡Bravo por Cepeda! S' he observado que donde quiera que voy no oigo

hablar más que de ese sujeto. Cepeda esto, Cepeda hará lo otro, Cepeda se encargará de lo de más allá y Cepeda siempre.

CARM. En el fondo es digno de lástima.

R. MARIA No veo por qué.

CARM. Pues yo sí. Cuidado que hace cosas Cepeda: lo que anda, lo que sube, lo que baja, no se olvida del menor detalle, complaciente como pocos y, sin embargo, siempre queda mal y ahí está Cepeda para echarle en cara la mayoría de las veces detalles que ni tiene él la culpa, pero Cepeda es el responsable. Es el víctima de las escursiones.

ALV. Pues también es humor meterse en esos líos.

R. MARIA Encantao er hombre. (Entra Isabel)

ESCENA DÉCIMA CUARTA

(Dichos é Isabel)

ISAB. ¿Qué tal, doctor?

ALV. ¿Cómo está usted, Isabel?

ISAB. Siéntese, siéntese, Alvaro.

R. MARIA ¿Qué tal, pamplinera?

ISAB. Muy bien, soy otra. Gracias á los buenos servicios de Alvaro.

ALV. Aquello fué aprensión, nada más que aprensión. ¿Sigue usted tomando las papeletas?

ISAB. Hasta que usted me mande suspenderlas.

ALV. Siga usted lo que resta de semana y mucho paseo, eso sobre todo.

CARM. Recéteme usted á mí lo mismo.

ISAB. ¿De quién murmuraban ustedes?

ALV. Hablábamos de Cepeda, que resulta que es una personalidad en el pueblo y ni siquiera le conocía

R. MARIA Pero ni de vista, oye.

ISAB. Pues ahí fuera está hablando con la tía. No se puede negar que estamos en vísperas de excursión. Ya está Cepeda en sus goces.

CARM. Mercedes Lahera no viene.

- ISAB. Ya lo sabía. Cuando salía de misa esta mañana me lo dijo su madre, estaba apuradísima... y oye una cosa, Rosa María, ¿dónde te has metido esta mañana que no te he visto en la iglesia?
- R. MARÍA Se me hizo tarde y no púe ir.
- CARM. Vamos á ver, Alvaro. Haga usted el favor de decir á mi hermana que me deje su libro. No hay posibilidad de arrancárselo.
- ALV. ¿Por qué Isabel?
- ISAB. Cuando lo termine se lo dejaré. Hasta que no lo lea no se lo dejen á nadie. Supongo que me lo firmará Vd.
- ALV. Con mucho gusto. ¿Lo tiene Vd. por ahí?
- ISAB. Se lo bajo enseguida.
- ALV. Pues ahora mismo, no faltaba más.
- ISAB. Voy por el. Ahí tiene Vd. á Cepeda. (Se vá.)
- ALV. ¡Caramba! Carmen, Rosa María, se impone la presentación ¿eh?
- CARM. (Llamándole). ¡Cepeda!... ¡Cepeda!...
- R. MARÍA Venga Vd. aquí. Un encargo... (Entra Cepeda muy sofocado).

ESCENA DECIMA QUINTA

(Rosa María, Carmen, Alvaro y Cepeda)

- CEP. ¿Se puede pasar?
- CARM. Adelante.
- R. MARÍA Pase.
- CEP. Señcritas: ¿Como sigue usted, Carmencita?
- CARM. Bien, y usted, Cepeda?
- CEP. Oh, muy bien, muchas gracias. Rosa María ¿como le vá?
- R. MARÍA Bien, Paco.
- CEP. ¡Caballero!
- R. MARÍA Yo creí que se conosían ustedes. Don Alvaro Carreras. Paco Cepeda.
- ALV. Tanto gusto...
- CEP. El gusto es mío, caballero. ¿Como sigue usted?
- ALV. Bien, y usted.

- CEP. Bien, muchas gracias. Usted es el nuevo doctor, ¿verdad?
- ALV. Servidor de usted.
- CEP. De vista le conocía mucho. Claro, el pueblo es pequeño. . . Ya sé. ya sé que es usted un carambolista formidable. . . Todo se sabe. . . Todo se sabe.
- ALV. No tiene importancia.
- CEP. Algo me contaron de una serie de treinta y tantas carambolas en un recodo. Aquello le costó un berrinche á don Mateo, se creía el gallito del pueblo y. . .
- ALV. ¿Don Mateo?
- CEP. Don Mateo. Ya sé lo que va usted á decirme que no le recuerda, ¿no es eso? Sí, hombre, sí, el que jugó con usted, aquel de barba negra cerrada. Aquí, para internos, se tiñe, se tiñe don Mateo. Aquella barba. . . todo se sabe, todo se sabe.
- ALV. (Recordando) El que jugó conmigo fué don Carlos.
- CEP. Ah, sí, justamente, sí, es verdad. Me colé. Sí, es verdad. El del berrinche fué otro, sí, estaba trascordado. ¡Esta cabeza!
- R. MARIA ¡Esa cabeza, Sepeda!
- CEP. Y ¿qué noticias tienen ustedes de Pepe?
- CARM. Ninguna.
- CEP. Buena señal. Cuando no escribe es que está al pelo. A mi padre se lo oí decir muchas veces: mientras no recibía noticias más estaba tranquilo. pero temblaba cuando recibía alguna carta. Los hijos son una delicia. . . una delicia.
- CARM. ¿No quiere usted sentarse?
- CEP. Imposible, muchas gracias. Son las once y media y tengo que visitar á cinco, buscar el carrito. que me trae loco el dichoso carrito y proporcionarme tres borriquillos que me faltan. Somos 23 excursionistas y no hay más que 20 borriquillos. Delicioso. (Dirigiéndose á Alvaro). Y apropósito. Me ahorra usted un viaje. He contado con usted. Le he resarvado un animalito que es una monada. Vé poco el pobrecillo, pero manso, como él solo.

- R. MARIA Er mío der año pasáo.
- CEP. Oh, ya sé lo que vá usted á decirme, que usted no lo quiere, ¿no es eso?
- R. MARIA Nada de eso, lo que quiero es ver el que me corresponda antes de salir mañana.
- ALV. Conmigo no cuente, yo iré en la jaca...
- CEP. Muy bien. Ya la he visto. Precioso animal. ¡Vaya una planta! En cuanto á los borriquillos de ustedes ahí están, en casa de Chirlora, los que él tiene. No quería dejarlos, pero por fin .. cuestión de precio.
- R. MARIA ¿Vamos á verlos?
- CARM. Vamos, sí ¿Alvaro?
- ALV. Ustedes perdonen... voy á esperar á Isabel... quedé en esperarla.
- CEP. En ese caso, caballero, tantísimo gusto... soy un amigo, siempre á sus órdenes...
- ALV. Lo mismo digo...
- R. MARIA Adiós, doctor.
- CARM. Hasta ahora.
- ALV. Adiós... Adiós...
- CEP. Repito. ¿Vamos?
(Alvaro solo)

ESCENA DECIMA SEXTA

(Isabel y Alvaro)

- ALV. Vaya por Cepeda... Y no habla nada el amigo. Todo lo hace, todo lo adivina (transición). ¿Tardará Isabel? Oh, no, aquí baja.
(Entra Isabel).
- ISAB. Aquí está el libro.
- ALV. ¿Qué le ha parecido á usted?
- ISAB. Todavía no lo he concluído. Lo leo muy despacio. Hay algunos preciosos.
- ALV. ¿No ha recibido usted unos...?
- ISAB. ¡Qué cabeza la mía! Esta mañana. Bonitísimos... y un millón de gracias.
- ALV. ¿De veras le han gustado?
- ISAB. ¿Por qué había de engañarle? Sí que ha estado usted inspirado.

- ALV. Con musa así, quién no es poeta.
- ISAB. Muchas gracias. A mi hermana también le han gustado mucho.
- ALV. ¿Se los ha enseñado usted?
- ISAB. Sí; . . . me pareció natural y sabía que habían de gustarle.
- ALV. Con permiso (la dedica el libro) tome usted ¿Le gusta?
- ISAB. (Lée) «A vuestros ojos, que han de suplir el encanto que á mis versos falte cuando vos los leáis». Muy mona. Vaya una dedicatoria original. Mil gracias. ¿Y Carmen y Rosa María?
- ALV. Con Cepeda, ahí fuera deben estar.
- ISAB. ¿Conoció usted á Cepeda?
- ALV. Sí, me lo presentó Rosa María. Es original. Un pobre diablo. . .
- Momento de silencio como si intentasen hablar de algo determinado y no se decidiesen
- . . . Y ahora, con su permiso, me retiro. Mañana, con esto de la excursión, abandono á mis enfermos y hoy quiero dedicarme á ellos por completo. . . Isabel, hasta mañana.
- ISAB. (Acompañándole hasta la puerta) Adiós, Álvaro. . . No dormirse. . .
- ALV. No lo espero, pero de todos modos, encargaré á Cepeda. . .
- ISAB. En ese caso, no hay cuidado.
- ALV. Salude usted á sus tíos. Adiós Isabel.
- ISAB. Mil gracias. Adiós, Alvaro.

ESCUENA DECIMA SEPTIMA

(D. Abel llega por el portalón, cuando Alvaro está ya fuera de escena, é Isabel le despide desde la puerta).

- D. ABEL. ¿Es simpaticuillo, verdad?
- ISAB. ¿Estaba usted ahí, D. Abel?
- D. ABEL. Sí, almuerzo con vosotros.
- ISAB. ¡Cuánto me alegro! ¿Qué me preguntaba usted?... ah, sí... que si es simpático el doctor, verdad?... Sí... muy agradable... Le estoy muy agradecida.

- D. ABEL. Vino á verte?
- ISAB. Visita de amigo.
- D. ABEL. Pero vino á verte.
- ISAB. Claro, D. Abel.
- D. ABEL. No tan claro.
- ISAB. Ya sé por dónde va usted
- D. ABEL. Por donde viene él precisamente.
- ISAB. No hay cuidado. Mire usted los versos que me ha mandado esta mañana. Son muy bonitos.
- D. ABEL. Sí. Mira, hijita. Decía Becquer: «Cuando algún poeta te pinte en magníficos versos su amor, du-da. Cuando te lo dé á conocer en prosa, y mala créese... no lo olvides.
- ISAB. Hay quien ni en prosa ni en verso... ¡Es más terco!
- D. ABEL. Déjalo... en cuanto esté á tu lado, verás como ha-céis las paces, y si el doctorcillo sigue galanteán-dote, mejor.
- ISAB. Sospecho que en Madrid debe tener algo. Mi ca-riño debió ser su freno. Riñó conmigo y en quan-to se vió libre...
- D. ABEL. ¡Mejor! Ojalá haya tenido cien novias.
- ISAB. ¡Padre!
- D. ABEL. Naturalmente, hija. Así podrá comprender quan-to vales... déjale que corra... ¿Tienes algo que hacer?
- ISAB. Nada. ¿Quiere usted algo?
- D. ABEL. Vamos á regar el limonero. ¿Te parece?
- ISAB. Muy bien, D. Abel.
- D. ABEL. Vamos, sí, charlaremos de todo esto. No te dis-gustará ¿verdad?
- ISAB. Qué cosas tiene usted. Pero Pepe Luis es otro, ya lo verá.
- D. ABEL. No, chiquilla, no... (se ván).

ESCENA DECIMA OCTAVA

(La escena sola. A poco, entra Currita corriendo, más bien agitándose, como defendiéndose de las libertades de Requena. Este, muy cerca de ella, intenta pellizcarla todavía. Al presentarse en escena suponemos muy fundadamente que el ataque en el vestíbulo debió ser rudo, descarado, grosero.)

- CURR. Que grito, señorito Requena! Basta ya... que ¡grito.
- REQ. (Convencido de que no hay nadie en la sala y muy bajito. No seas tonta...
- CURR. Que no, ea...
- REQ. Vaya una criatura. Da gusto venir á esta casa.
- CURR. Camará qué fresco es usted... si nos piya la señora...
- REQ. Pero qué culpa tengo yo de que me gusies tanto.
- CURR. Bueno, bueno. ¿A quién aviso?
- REQ. Espera un poco, mujer... Que me sosiegue... Me pones más nervioso que un flán.
- CURR. Pa esperá estoy yo. Ahí se quea. . Cuando se refresque, avisa.
- REQ. ¿Volverás tú?
- CURR. Manuela y gracias...
- REQ. Espera mujer, espera... Avisa á la señorita Carmen, pero oye... en secreto ¿eh?... no vaya á venir con Rosa María y me dé la mañana.
- CURR. ¿A la señorita Carmen?
- REQ. Eso es, pero con calma.
- CURR. Esta bién. (Se va.)
- REQ. Camará con la mañana. Y la criadita es un refresco. (Saca la petaca y enciende un cigarrillo.) Súdán hasta los pitiyos.
- Bueno, vamos á vé qué tal se presenta esto. Merece la pena. Como se me haya adelantado el imbécil de Montilla, me he lucido. No se había fijado nadie en esta muchacha, pero bastó que yo me decidiera pa que er mar ángel ese, se metiera por medio, y lo que noto es que me voy colando poquiyo á poco y lo voy á tomar en serio, y como lo tome en serio, der puñetaso que le voy arreá á Montilla, le voy á quitá de enmedio para una

temporada. (Por la puertecilla de entrada llega Cepeda.)
Ahí está. Vamos á ver cómo te portas Requena
(Entra Cepeda)

ESCENA DECIMA NOVENA

- CEP. Requena ¿Qué haces aquí tan solo?
REQ. Mal tiro te peguen... Hola, Cepeda... ¿De dónde vienes?
CEP. De enseñar á las niñas los animalitos para la excursión. Alguna se mata, porque son ejemplares pa un concurso de rarezas... pero qué caray... yo soy así... Ya está tóo listo... ¿Esperas?
REQ. Sí, pero...
CEP. Bueno, bueno. Te veo venir... Todo se sabe... Duro ahí, duro ahí. Lo vale, lo vale... Me alegre encontrarte solo. He estado en tu casa hoy dos veces, y habías salido.
REQ. ¿En mi casa?
CEP. Sí, primero á las ocho y cuarto. Me dijeron que no estabas. Me figuré que estarías durmiendo.
REQ. También es una hora...
CEP. Después estuve ¿que hora sería?... ¿qué hora seño?... Ah, sí, las diez y media ó cosa así... También habías salido. Esta vez me figuro sería verdá...
REQ. ¿Qué querías?
CEP. Bueno, como tú mejor que nadie lo sabe, á tí recurro. ¿Cuándo viene José Luis?
REQ. No lo sé, pero debe estar aquí de un momento á otro. En su última carta me dice que los exámenes ya han empezado. Esto no quiere que es sepa. Sus primeras noticias serán definitivas-¿Por qué lo preguntas?
CEP. Ahí es nada... Por lo de anoche.
REQ. ¿Qué es lo de anoche?
CEP. ¿Pero no lo sabes?
REQ. No sé qué es lo de anoche. Si no te explicas...
CEP. La llegada de esa jóven...

- REQ. ¿De quién?
- CEP. ¡Oh, estupendo, esiupeando. Verás... pero parec^e imposible... Si no se habla ya de otra cosa...
- REQ. Bueno abrevia, ¿qué es?
- CEP. ¡El caos, chico, el caos!... Ayer, estábamos en el Café de la Plaza tomando una cerveza, como todas las tardes, Paco Tormo, Andresito Serna, el Sargento de la Guardia civil, Periquillo Artajo y yo. En esto llega la diligencia de las cinco de la tarde y bajó de ella Don Martín, que ya sabes va á la estación por los periódicos todas las tardes. Bien, pues así que baja y se fija en nuestro grupo, nos hace el tío señas como para que nos acercásemos al coche. Nos levantamos tóos. Pagó la cerveza Paco Tormo...
- REQ. Como tóas las tardes.
- CEP. Y ayá fuimos como fieras. Llegamos al coche. Bajó Claudio er der ventorro de arriba, la hija de Pistola y cuatro ó cinco más der pueblo y en esto... ¡Pásmate, Requena! Una mujer morena, de ojos negros, vestida de luto. ¡Colosal! ¡Estupenda! Yo no he visto en mi vida una belleza igual. Figúrate como nos quedamos. La acompañaba una criada á juzgar por la estampa. Pregunta no sé qué á un chiquillo y sale pitando con dirección á la fonda. Pasó por nuestro lado y aquello no era una mujer, era algo sobre natural. ¡Qué ojos, Requena, qué boca!... En media hora después no pudimos ni hablar. Me voy á la fonda, indago pregunto y... nada. Aquella Venus se encerró en su cuarto y no pude averiguar ni quién era, ni á dónde iba, ni de dónde venía... nada. Las ventanas de la fonda, ya tú sabes que dan al Casino, á la sala de billares, y en menos tiempo que se dice subo, me asomo y... la ví, Requena, la ví... pero como si se lo hubieran dicho, le falta tiempo para correr los visillos y dejarme á oscuras. Yo no he estado en mi vida más nervioso. Y cuál no sería mi sorpresa, mi asombro, cuando Lobito el criado de la fonda, me dice que había preguntado... por ¿quién crearás?

- REQ. Yo qué sé
CEP. ¡Oh, inmenso, inmenso! Por José Luis. Por José Luis, Requena, por José Luis Nos aclaró el misterio. ¡Vaya un socio! Es de los nuestros, es de los nuestros. El lío debe ser gordo. Se la trae de Madrid. Estupendo.
- REQ. Vaya una frescura.
CEP. Aquí no se sabrá una palabra...
REQ. Creo que no.
CEP. Es preciso callarlo; que José Luis es de los nuestros. Vamos á armar la gorda, la gorda, Requena.
- REQ. Pero, por Dios Cepeda, que tienes siete hijos...
CEP. No me amargues el día. Habrá que oír al párroco de Santa María en el sermón del domingo. Estoy deseando que llegue José Luis. Es de los nuestros... Hay que ver la distracción que se trae el amigo para las vacaciones. Buena se va á armar.
- REQ. Calla, calla, que ahí viene Carmen...
CEP. Ni una palabra, ¿eh?, ni una palabra. El secreto más absoluto.
(Entra Carmen)

ESCENA VIGESIMA

(Dichos y Carmen)

- REQ. ¿Qué tal Carmen?
CARM. ¿De quién se murmura?
CEP. Se comenta, nada más.
CARM. Ah Cepeda, Rosa María le está poniendo lazos hasta en las orejas. El animalito va á parecer que está en rifa.
CEP. Tiene gracia.
CARM. Requena. Dichosos los ojos... Qué caro se vende usted esta temporada.
REQ. Ando preocupado con mis cosas.
CARM. Preocupado. ¿Qué sucede?
REQ. Usted ya me conoce. Todo en mí es preocupación. El detalle más insignificante en quien me interesa me da que pensar.

- CARM. Vive usted en un infierno. Yo soy todo lo contrario. No doy más valor á las palabras ni á los hechos que aquel que yo creo natural. No hay que sacar las cosas de quicio, Requena; pero vamos á ver, que ya me ha puesto usted en cuidado. ¿Y esa preocupación, en qué consiste?
- CEP. A ver cómo te portas en la contestación.
- REQ. Pues verá usted, nada... muy sencillo ¿ha escrito e! primito?
- CARM. ¿José Luis? Nó; hace ya varios días que nada sabemos de él. Estamos muy disgustados. ¿Acaso usted sabe algo?
- REQ. No, yo tampoco tengo noticias tuyas hace ya unos días.
- CARM. Pues mire usted, mis tíos confiaban en que usted las tuviese. No ha faltado nada para que hayamos mandado á preguntar.
- REQ. Esa es toda mi preocupación.
- CEP. No le haga caso, Carmen. Yo no lo creo. Algo más habrá. Es un hipócrita. Todo se sabe.
- CARM. Es verdad. Algo he oído yo también... que sea enhorabuena... muy bonita.. y muy simpática.
- REQ. ¡Por Dios, Carmen! No sé á quién puede usted referirse. Yo le aseguro...
- CARM. No asegure usted nada. Después de todo ¿qué tiene de particular?
- REQ. Habladurías de pueblo...
- CARM. Me lo contó Montilla.
- REQ. ¿Montilla ha venido por aquí?
- CARM. Todos los días le encuentro á la salida de misa.
- REQ. ¿Todos los días?
- CEP. Ventajillas del que madruga.
- REQ. Bueno está.
(Entra el cartero)

ESCENA ULTIMA

Dichos y cartero, después ROSA MARÍA, DOÑA ROSALIA, DON MANUEL, ISABEL y DON ABEL.

- CART. ¿Hay premiso?
- CARM. ¡Jesús, qué susto!
- CART. Perdone la señorita. Er día... que no hay caló, no hay urgencia.

- CARM. ¿Qué ocurre?
CART. Telegrama de Madrid. «Urgente»
CEP. ¿De Madrid?
CARM. De Pepe Luis ¿verdad?
CART. Ezo no lo zé, señorita.
CARM. Isabel... Isabel. . Tito...
CEP. Doña Rosalía...
(Entra Rosa María)
R. MARIA ¿Qué pasa?
CARM. Isabel... Isabel .. Telegrama.
(Entra Doña Rosalía)
D.^{ra} ROS. ¿Qué sucede, qué voces son esas?
(Entra Don Manuel)
D. MAN. ¿Qué ha sido?
(Gran lío entre todos.)
CARM. Isabel... Tito, de Pepe Luis, que viene.
D. MAN. ¿Pero dónde está?
CARM. Este lo tiene (á Cepeda).
CEP. ¿Yo?...
CARM. Sí, usted. ¿Donde lo ha puesto?
R. MARIA Déjese usted de guasa.
CEP. Pero si yo no lo he cogido.
D.^a ROS. Requena ¿usted lo tiene?
REQ. ¿Yó?...
CART. ¿A quién se lo entrego, señores?
R. MARIA Si lo tiene él...
CARM. Venga, venga...
TODOS Vamos á ver.
D. MAN. (Cogiendo el telegrama.) Vamos á ver.
(Entran Isabel y Don Abel).
ISAB. ¿Qué pasa?
R. MARIA Callarse ya. Lea, D. Manuel.
D. MAN. (Leyendo) «Aprobé. Salgo rápido. Llegaré ocho no-
che. Abrazos, José Luis.»
TODOS { ¡Bien!
¡Bravo!
¡Ole!
CEP. La gorda. La gorda. Ya se ha armado...
(Gran barullo - Indescriptible alegría)
D ABEL. (A Isabel) ¿No te quejarás?
ISAB. ¡Todavía, D. Abel, no nos hagamos ilusiones!
(Gran barullo. Telón)



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Son las seis de la tarde del mes de Julio. El calor que durante todo el día se ha dejado sentir ha amortiguado á esta hora y todos reunidos en esta parte de la finca, disfrutan de la agradable temperatura.

Están en escena Doña Rosalía, Isabel y Carmen, dedicadas á labores propias á la edad de cada una. Pepe Luis, sentado cómodamente en una mecedora, completa el cuadro de familia.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSALIA, ISABEL, CARMEN Y JOSE LUIS

D.^a ROS. ... por eso te digo, hijo mío, que en ninguna parte mejor que en tu casa y con tus padres.

J. LUIS Si, mamá, sí, ya lo creo, pero no me negarás que son un poco exageradas tus preocupaciones. Madrid, como toda capital, es peligrosa para la juventud, pero no hasta el extremo que tú lo pintas. Según tú, por el hecho de vivir en la Corte, no se puede ser formal. ¡Desengáñate: lo mismo allí que en este olvidado pueblecillo, el que quiere vivir tranquilo y en paz, lo consigue!

D.^a ROS. ¡Ay, hijo mío!

CARM. Tía, por Dios, que nos estamos poniendo serios.

J. LUIS Tienes razón, primita. Pero á tu tía no se la convence. Yo no sé qué idea tiene formada de lo que es Madrid. Tú lo creés todo peligroso... y ya ves lo que son las cosas, (con zalamería) con ser tan temible no ha conseguido arrebatarle el cariño de tu hijo.

D.^a ROS. ¡Embustero!...

- J. LUIS Dame un beso y dejemos las cosas como son ó como quieras que sean, que no es justo que después de tanto tiempo separados me recibáis de este modo... Y vamos á otra cosa. ¿Se puede saber qué le pasa á D. Manuel Quijano y Villarreal desde hace unos días?
- ISAB. ¿Al tío?
- J. LUIS A papá, sí. Ese sí que se trae jaleo en esa cabeza... Lo que es, no lo sé, pero que le preocupa mucho, no cabe duda. ¿No lo habéis notado?
- D.^a ROS. Yo no...
- CARM. Yo tampoco, pero ya sabes lo que es.
- ISAB. Si le hubieses visto cuando venía el cartero y no recibíamos noticias tuyas... le teníamos de mal humor todo el día. Saca la cuenta de lo que has dejado de escribir y figúrate las semanas que habrá pasado.
- J. LUIS Aquello no tenía importancia; pero su mal humor de ahora, su actitud... es que en esa cabeza bulle algo; al tiempo, al tiempo.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y ROSA MARÍA

- R. MARIA Ya estoy aquí.
- CARM. Creí que no venías.
- R. MARIA Nos hemos entretenido en casa de Mercedes Lahera, *fabricando* el anonimito.
- ISAB. ¿Que anonimito?
- R. MARIA Doña Rosalía, (*saludándola*) anonimito, sí, tié la gracia der mundo. Unas guajiras, pa mandárselas á Manolo Correas er día de su santo, que es pasao mañana.
- J. LUIS Sí que guardan usíedes el secreto, sí, en cuanto le vea se lo digo.
- R. MARIA ¿Pero estaba usted ahí, mal ángel?
- J. LUIS Desde que entró usted, por suerte mía.
- R. MARIA Muchas gracias, señor forastero. Y conste que no debía mirarlo siquiera. Me tié usté muy enfadá.

- J. LUIS ¿Dura todavía el mal humor?
- R. MARIA Natural, y no se lo perdono. Con tantas cartas como ha escrito usted... porque creo que han sido muchas, ¿verdad, Isabel? y ni una sola vé se ha acordado de mandarme recuerdos... estoy muy ofendía, sí, señor.
- J. LUIS ¿No se conformó usted con las explicaciones de anoche? Es usted muy rencorosa.
- R. MARIA Bueno, doblemos la cariya y perdonao der tó. A otra cosa. ¿Qué le ha paresío á usted er pueblo? ¿Lo encuentra usted muy cambiao ó lo encuentra igual?
- J. LUIS La plaza de la estación no la conocía. Es muy bonita.
- R. MARIA ¿Y la iglesia nueva?
- J. LUIS Todavía no he ido por allí.
- R. MARIA Cuando vaya pida usted tres cosas ar Santo, que le consede una.
- ISAB. Es verdad.
- J. LUIS Y si no concede más que una ¿por qué quiere el santo que se le pidan tres?
- R. MARIA Por la curiosidad de saber cuáles son las otras dos.
- J. LUIS Tiene gracia. Con que me conceda lo que yo de-seo...
- R. MARIA Pues pídaselo usted tres veces y le pone en un compromiso ar Santo.
- J. LUIS Já... já... já...
- R. MARIA ¿A que no sabe usted lo que me ha dicho Felisiya Beltrán?
- J. LUIS Cualquier cosa.
- R. MARIA Que era usted ave de paso en er pueblo... que se nos larga usted. ¿Es verdad eso?
- D.^a ROS. Felisiya Beltrán tenía que ser.
- J. LUIS Tiene gracia.
- R. MARIA Pero... ¿en qué quedamos?
- J. LUIS Hasta que usted me eche, no me voy.
- D.^a ROS. Si te lo vuelve á decir, le contestas que he dicho yo que me lo pregunte á mí.
- R. MARIA Ah, Doña Rosalía, antes de que se me vuelva á orvidá, tengo una cabeza... Mamá me encargó

que le yevase la reseta de los pastelillos de hoy, que nos han gustao muchísimo. Mi hermana quería comerse hasta los papeliyos...

D.^a ROS. Luego te la daré. Allí dentro la tengo.
(Cepeda, asomándose por la ventana:)

ESCENA TERCERA

Dichos y CEPEDA

CEP. ¿Donde está esa bala rasa?

D.^a ROS. ¡Jesús María!

J. LUIS ¡Cepeda!

R. MARIA Pues no me ha asustado ese muñeco.

(Cepeda entra por la segunda izquierda. Viene en traje de viaje con la indumentaria propia de su condición, como es natural. Abrazando á José Luis.)

CEP. ¡Pepete!

J. LUIS ¡Abrazame!

CEP. ¿Cómo no, y te felicito muy de veras. Vaya, chiquillo!

J. LUIS ¿Cómo estás? ¿Y tu gente?

CEP. Doña Rosalía, Isabel, Carmencilla, Rosa María, buenas tardes.

ISAB. Pero ¿de dónde sale usted?

CEP. Del fin del mundo.

J. LUIS Pregunté por tí en cuanto vine. Me dijeron que estabas fuera.

CEP. Cállate, hombre. Quince días de no parar, de feria en feria, de pueblo en pueblo... un mareo.

J. LUIS ¿Te has colocado en...?

CEP. No, hombre, no. Al registrador que se le antojó agenciarse dos mulas para el tílburí que tiene, y allá va Cepeda á buscárselas. Figúrate lo que va á parecer el tílburí con dos mulas; pero allá él. Y le traigo dos ejemplares de pistón... Pero, bueno, vamos á ver. ¿Qué ha sido de tu vida? Me han dicho que acabaste ya.

J. LUIS Completamente.

CEP. Te advierto que todavía no he ido á casa. Al bajar del tren me encontré con Doña Luz y la niña

- y por ellas he sabido que estabas aquí y ya lo ves: el tren llega á las cinco y media, he saludado á Doña Luz y su niña, que ya las conoces, y son las seis y diez... tú dirás si me he entretenido... Y que no tenía ganas de verte aquí... Doña Rosalía, Isabel, Carmencilla, enhorabuena de veras... Ya llegó... y ¿qué tal, qué tal?
- J. LUIS
CEP. Pues ya lo ves. Tranquilo ya.
No lo creo. Lo de la tranquilidad no te lo creo. Todo se sabe, todo se sabe. Me figuro que será cierto lo que he oído.
- J. LUIS
CEP. ¿Qué?
Que te nos largas, que vas á durar menos en el pueblo que un campamento de gitanos.
- D.^a ROS.
CEP. ¿También usted lo ha oído?
Y no me ha estrañado. Lo encuentro natural.
- D.^a ROS.
CEP. Pues yo no. Pero, señor ¿de dónde ha salido estoie... tole?
Pero si es así, si debe ser así. Ya tienes tu carrerita. Ya eres un hombre y ¿te vas á conformar á quedarte en el pueblo? No, señor. A correr. El mundo es muy grande. A estudiar en él.
- D.^a ROS.
CEP. ¡Cepeda, por Dios!
La mitad de lo que has estudiado no te servirá de nada. Ya lo verás. Lo mismo me pasó á mi. Las cosas que me han hecho estudiar en este mundo y ¿para qué?
- R. MARIA
CEP. ¿Pero usted ha estudiado alguna vez?
La mar.
- R. MARIA
CEP. ¿En dónde?
En la escuela municipal de mi pueblo. Yo qué sé los libros que he tenido que meter en esta cabeza.
- R. MARIA
CEP. Así está eya.
Y hoy me río, no me he de reir, no me ha servido de nada. En los exámenes de geometría me dieron notable, yo, á mí... notable y ustedes ven de lo que me ha servido la geometría, para ir á la feria á comprar dos mulas para el registrador... fuera, fuera, Pepete. ¡Si yo tuviera tus años!... Rosa María, también he sabido que lo del novio... volaverum... hasta la próxima, ¿eh?

- R. MARIA** (Un poco incomodada) Un poquiyo atrasao anda usté de notisias, pero no me estraña.
- CEP.** Menos me ha estrañado á mi el enfado, es tan natural esa fruta en esa rama.
- J. LUIS** ¿Y tu gente, Cepeda?
- CEP.** Como siempre. Nos vamos defendiendo. ¡Que remedio queda!
- D.^a ROS.** Bueno, Rosa María, ayúdame á recoger todo esto y vamos por la receta de los pastelillos. (Entre Rosa María y D.^a Rosalía recogen en un cesto de costura la labor de esta última.)
- R. MARIA** Come usted quiera.
- CEP** Yo también me voy (en voz baja á José Luis) Tenemos que hablar. Mañana me tienes aquí desde tempranito. Doña Rosalía, repito la enhorabuena y se la dá usted en mi nombre á Don Manuel, Carmencilla, Isabel, lo mismo digo y á tí (á Jose Luis) no te digo nada. Hasta mañana. Rosa María, hasta mañana. Voy á ver á mi gente. (Sale por la segunda derecha).
- R. MARIA** Adios, Cepeda.
- J. LUIS** Te espero.
- D.^a ROS.** Adios, Cepeda, adios.
- J. LUIS** El mismo de siempre.
- D.^a ROS.** ¿Vamos?
- R. MARIA** Ya está esto.
- CARM.** Tampoco trabajo yo más.
- R. MARIA** Qué á gusto se respira ahora... Tardesiya de verano... ¡Hay que tardesiyas!
- J. LUIS** Vaya, vaya...
- D.^a ROS.** Pepe, si ves á tu padre, que estoy en mi cuarto (se van por la primera derecha, Doña Rosalía Rosa María y Carmen).

ESCENA CUARTA

ISABEL Y JOSE LUIS

(Pequeña pausa)

- J. LUIS** ¿Pero dónde se ha metido mi padre?
- ISAB.** Qué se yo; el infeliz no sabe disimular y huye de nosotros.

- J. LUIS Pero ¿qué le pasa?
- ISAB. Qué quieres que le pase, Pepe. Lo mismo que á tu madre. Lo que á todos.
- J. LUIS No te entiendo.
- ISAB. No mientas. Cuantos entran por esa puerta dicen lo mismo. He llegado á creer que no vienen más que á eso. ¡Si supiesen el daño que hacen!... Que te vás, que eres ave de paso, que esto es insoportable... que aquí no se vive... ¡Ay, Pepe, Pepe!
- J. LUIS ¿Cómo evitar que lo digan? ¿Qué quieres que haga?
- ISAB. Si no es verdad, si no es cierto, recházalo enérgico, desmiente al que te lo diga... Si es verdad, si es tristemente cierto, que aquí no se puede vivir, ó no te dejan vivir, dínoslo de una vez, que sepamos los de casa la verdad y no que la han de saber los de fuera y hemos de oírsele y callar porque no tenemos más fundamento que el que ellos nos dan. A cuantos te lo han dicho, te has conformado con responderles «es gracioso». Si vieras qué poca gracia le hace á tu madre y á nosotras... ¿Que quieres irte? Pues dilo de una vez, que razones tendrás para disculparte.
- J. LUIS Qué cosas dices, Isabel. Con todas sus preocupaciones y sus temores, ni mis padres, ni tú, ni nadie se ha atrevido á preguntármelo. Tú quieres saberlo, ¿no es eso? Pues bien, sí... pero ¿para qué?... si todavía ni yo mismo lo sé. Hay que ponerse en todo terreno, Isabel; comprenderás que no he cursado una carrera para encerrarme aquí. Que es muy lógico, muy razonable que esos estudios los perfeccione. Un viaje por Alemania ó por Bélgica, sería el completo de mi carrera. No es que huya, no es que se me caiga el pueblo encima, ni que yo no pueda vivir aquí, como acabas de decirme; no, Isabel. Mis grandes cariños aquí los tengo, tú lo sabes y cuanto en mí juzgas ligereza, no es ni más ni menos que un decidido afán de llegar á ser un hombre útil, un hombre que con su carrera pue-

da abrirse camino por el mundo, por su propio esfuerzo. De cuanto se cuente por el pueblo de mi viaje, no hay más fundamento que éste. El mismo día de terminar mis exámenes escribí á unos señores de Bremen, amigos míos, que tienen una importante industria en dicho punto, ofreciéndome para prestar mis servicios bajo sus órdenes. Esto no se lo he dicho á nadie más que á tí. Tú dirás si mis ideas son censurables.

ISAB.

No, Pepe, no, pero así tan precipitadamente... dedica á tus padres unos meses, que bien se lo merecen y vete luego... No me niegues que te asusta la idea de pasar entre nosotros todo un verano. ¡Es natural! Después de seis inviernos en Madrid, entregado por completo á esa vida azarosa, donde tantos conocimientos y tantas relaciones hacéis, no es posible meterse en tu casa donde todo es silencio, todo calma. Y si tu casa estuviese en alguna capital... pero aquí... en este pueblecillo... ¡Oh, no! Espanta. ¿Verdad, Pepe?

J. LUIS

No es eso, Isabel.

ISAB.

¿Qué encantos puedes encontrar? ¿Tus padres?... ¡Oh, tus padres!... Ellos te enseñaron á correr ¿verdad? que no se quejen ahora. Nada más, porque fuera de tus padres no hay para tí nadie que pueda importarte.

J. LUIS

Ya tú sabes que no.

ISAB.

De qué podemos quejarnos? Concluiste tu carrera, que era cuanto soñábamos y además has venido á vernos. Demasiado has hecho ¿De qué nos quejamos?

J. LUIS

Isabel, razona

ISAB.

Sí, ya lo sé... el pueblo es tan pequeño ¿qué quieres? Somos así. No nos pidais ilustración, eso queda para las niñas de la corte. Nosotras, las pueblerinas no tenemos más luces que las que podemos aprender en una escena de familia, rezando el rosario al calor de la lumbre... ¿Qué confianza podemos tener en vuestro cariño? ¡Egoístas!

J. LUIS

¡Vaya, vaya, no lo tomes así, que si te oyese el sabio doctor, al que tan cumplidamente demues-

- tras tu agradecimiento por haberte salvado de tu enfermedad podría tener celos.
- ISAB. ¿Pero qué tonterías estás diciendo?
- J. LUIS Nada de tonterías, lo que no es un secreto para nadie, lo que todo el mundo sabe: que el mediquillo y tú...
- ISAB. ¡José Luis!
- J. LUIS Pero si es muy natural.
- ISAB. Y después de todo, si fuese verdad ¿te importaría mucho?
- J. LUIS A mí nada, mujer, al contrario. Pero considera, primita, que de quedarme en el pueblo, donde tanto escasean las muchachas bonitas, y viéndote á tí constantemente... el mediquillo... había de pasarlo muy mal.
- ISAB. ¡Pero qué pretensiones, hijo!
- J. LUIS No tan infundadas, primita, me creo con más méritos que el doctorcillo, para que tú me quieras.
- ISAB. ¿Y tú qué sabes?... Vete, sí vete, haces bien, á Alemania, al fin del mundo, donde quieras, pero vete y déjanos,
- J. LUIS No te incomodes, Isabel...
- ISAB. Qué ridículos os ponéis los hombres cuando hacéis alarde de vuestras conquistas... y la mayoría de éstas no pasan de ser creaciones de vuestra fantasía, vete, sí, vete.

ESCENA QUINTA

Dichos y Rosa María

- R. MARIA ¿Estorbo?
- J. LUIS Adelante,
- R. MARIA ¿Todavía está usted aquí?
- J. LUIS No estoy muy seguro, pero me parece que sí.
- R. MARIA Yo le hasía á usted en er fin der mundo.
- J. LUIS ¿Tantas ganas tiene usted de que me vaya?
- R. MARIA Más de lo que usted se figura.
- J. LUIS Bonita manera de pagar mi cariño. ¡Ingratitudes de la vida!
- R. MARIA Éstoy hasiendo una novena á mi santo, pa perdé á usted de vista.

- J. LUIS Yo, en cambio, me paso el día pidiendo á mi santa que no me separe de usted.
- R. MARIA ¿Y pá qué quiere usted verme á todas horas?
- J. LUIS Para alegrar mi vida con su presencia.
- R. MARIA ¡Josú, como está er día!
- ISAB. Jarabe puro.
- R. MARIA Y diga usted. ¿La santa esa le consede tóo lo que le pide?
- J. LUIS No me niega nada. Le pedi que me concediese una gran alegría cuando llegase al pueblo...
- R. MARIA Y si la ha encontrao usted en cuanto llegó... ¡También la santa!..
- ISAB. (Cortando la conversación) Rosa María, acompañaime á mi cuarto, que quiero enseñarte el trabajo de encaje que he terminado.
- R. MARIA ¿Ahora?... Espera un poco.
- ISAB. (Queriendo llevársela) Verás qué bonito ha quedado
- R. MARIA ¡Pero, Isabel!..
- ISAB. Estoy segura que ha de gustarte.
- R. MARIA Vamos allá.
- J. LUIS ¿Nos veremos luego?
- R. MARIA Y si no nos vemos, hasta mañana, que iré á misa de ocho á la parroquia. ¿Sabe usted? Yo me pongo según se entra á la derecha, junto al altar der Carmen... Mamá y las de Parma van á San Cristóbal, pero yo no sé que le encuentro á San Cristóbal, que no me impone respeto.
- ISAB. (Impaciente) ¿Vamos?... .
- R. MARIA A misa. Yo suelo ir un poquiyo antes... Subo por la calle de la Estación, doblo la plasa y... ya estoy en la parroquia. Después de misa tengo que venir.
- ISAB. ¿Pero vienes, Rosa María?
- R. MARIA Ahora va. Si usted no se duerme, aquí nos veremos, porque en la parroquia supongo que no ¿verdá?
- J. LUIS Quién sabe.
- R. MARIA Hasta ahora.
- J. LUIS Adiós.

ESCENA SEXTA

JOSE LUIS solo

J. LUIS Tiene la gracia del mundo. Esta niña se tima hasta con el sereno... Hasta mañana que nos veremos... ¡Mañana!... ¡Sabe Dios dónde estaré mañana á estas horas!... Sí, sí, decididamente me iré; hemos convenido en ello y no es posible faltar. No lo sabrá nadie ¿para qué?... ¡En qué compromiso me ha colocado esa mujer! ¡Cómo juzgarán todos mi marcha!... ¡Habrá que oír los comentarios de las gentes! Ya les dejo tela para murmurar todo el año. La actitud de mi padre es la que me preocupa... ¿Sospechará algo? Si fuese la verdad, aún me disculparía... ¿Pero cómo decírsela?... ¡Imposible!... Para esta casa el golpe ha de ser fatal; pero no hay más remedio. Hay que evitar el escándalo á toda costa... Me la llevaré conmigo.

ESCENA SEPTIMA

JOSE LUIS y REQUENA

(JOSE LUIS viendo á REQUENA llegar por el jardín)

J. LUIS Pepe, no llates, pasa, pasa.

REQ. ¿Qué haces?

J. LUIS Ya lo ves, aburrirme.

REQ. Me alegro. Eres una perfecta calamidad, Después de comer hemos estado esperándote en el Casino... y que si quieres. Lo hubieses pasado admirablemente.

J. LUIS Tenía intención de haber bajado, pero me eché á dormir la siesta y... de verano. ¿Hiciste mi encargo?

REQ. En cuanto salí de aquí. ¡Ah! Que no se me olvide. Carmela, la del estanco, está muy ofendida contigo,

quiere que vayas á charlar un ratillo por allí. Cuando vayas, dala broma con el novio. No lo tiene, pero te agradecerá la broma. ¿Vas á salir? Ya no. Tengo que escribir dos ó tres cartas y no me llama la atención...

J. LUIS

REQ. ¿Estás solo?

J. LUIS

No. Es decir, no lo sé. Mis padres deben estar por ahí dentro; Isabel está con Rosa María y Carmen debe estar en el jardín.

REQ.

En el jardín, no.

J. LUIS

Estarán las tres juntas. ¿Por qué lo preguntas?

REQ.

No... por si estuviesen ahí, que no era cosa de hablar alto.

J. LUIS

¡Ah, vamos! No. Habla sin cuidado.

REQ.

Te advierto que ha habido unos cuantos á los que no nos ha llamado la atención, el que no bajases al Casino. Desde que estás aquí, apenas has salido y no nos choca.

J. LUIS

¿Por qué?

REQ.

Porque la sorpresa habrá sido de primera ¿eh?

J. LUIS

No te entiendo una palabra.

REQ.

Pues no es difícil entenderme. ¡Caray! No hablo en griego me parece. No se habla de otra cosa en el pueblo. Desde que ella llegó, aquel Casino es otro. Hay que oír las suposiciones que allí se hacen.

J. LUIS

¿Qué se dice?

REQ.

Unos aseguran que es dama de alto linaje, enamorada de tí, que te viene siguiendo. Otros la creen artista... En fin, chico, hay quien asegura que estais casados en secreto.

J. LUIS

¡Qué barbaridad!

REQ.

Bueno. De todos modos yo estoy por lo práctico y creo que acierto ¡Soberbia mujer!... y hasta otra, qué demonio.

J. LUIS

Bien, Requena, bien.

REQ.

Ahora que, la verdad, chico, con franqueza. Habiendo unos hotelitos tan monos al salir de Gamonal, no debías haberla traído aquí. El pueblo es una fiera. En cuanto se entere tu familia, que se enterará en seguida, figúrate la que te espera.

- J. LUIS Ah, sí... no lo dudo. Me estraña que no lo sepan ya, porque el pueblecito éste es el único, para guardar un secreto.
- REQ. La de todos los pueblos, chico, no te estrañe... ¿Y cómo piensas disculparte ante la otra?
- J. LUIS ¿Ante quién?
- REQ. Ante quién, ante quién, ante Isabel. ¿O crees que he olvidado lo que me dijiste en la estación cuando nos despedimos el año pasado?... Y si el año pasado te gustaba, ya me figuro la impresión que te habrá causado verla ahora. Está hecha una rosa.
- J. LUIS ¡Sí, es cierto, ha ganado muchísimo, cuando me fuí era la mujer en silueta, sus líneas no determinadas aún, daban la impresión perfecta de sus años, era una niña. Hoy no. Es la mujer... Es verdad, es otra, pero no, Requena, no, aquello, pasó.
- REQ. ¿Me vas á hacer creer que no te has acordado de ella en Madrid?
- J. LUIS ¡Ay, Madrid! No me lo nombres. Aquello es la gloria. Hay por aquellas calles unas caras, unos ojos, se ven unas chiquillas, que le quitan la razón al más fuerte de espíritu. Para acordarme de nadie estaba yo. Conocí una nena de diez y ocho Abriles, que si la ves Requena, te vuelves loco.
- REQ. ¡Eres atroz! ¿La antecesora de esta?...
- J. LUIS Una tontería de criatura, y sabiendo la chiquilla más que un académico. Figúrate el invierno que he pasado. ¡Bendito sea Madrid!
- REQ. Vaya, amigo, no sigas, que me estoy viendo en la Corte examinándome del preparatorio de cualquier cosa.
- J. LUIS Já, já, já...
- REQ. Pero ven acá. Si tú ves á tu primita la tarde que presidió la becerrada, te pasmas. Bueno, aquello no era una mujer, era un cromó. Vino á buscarla el coche de don Anselmo adornado de flores y de lazos que era una preciosidad. Las seis jacas tordas con sus arreos de lujo llenos de guirnaldas.

Salió tu prima de esta casa con un trajecillo blanco, muy vaporoso; con su mantilla de mardoños prendida de una gran peineta de concha con un ramo de flores en el pecho y claveles en el pelo, parecía un sueño. Montó en el coche y había que ver el trote que emprendieron las jacas, en mi vida las he visto más coquetonas, se sintieron orgullosas de su suerte, parecía que sabían lo que se llevaban. Su paso por las calles del pueblo, fué una explosión. Las mujeres la aplaudían, los hombres descubiertos la galanteaban. Se llenó la plaza. ¡No se había de llenar! El director del hospital lo dijo. Más de la mitad de la entrada que ha habido en la plaza, se la debemos á Isabel. Si tu la ves aquella tarde cuelgas los libros y pones un telegrama diciendo que se examine Rita.

J. LUIS ¡Qué atrocidad! Pues no lo tomas tú con poco calor. Es alarmante ese fuego en la descripción, ese entusiasmo...

REQ. Pepe Luis, sé respetar á los amigos.

J. LUIS ¡Por mí estás en completa libertad, ya lo sabes.

REQ. Pero no dice lo mismo el doctorcillo, aunque ya tú sabes que yo no pienso en eso.

J. LUIS ¿Tan colado está el mediquillo?

REQ. ¡Uy!... Y ese no pierde el tiempo. Ese se casa. Es muy buen chico, hará feliz á Isabel, pero es un crimen, Pepe, que los de fuera se la lleven.

J. LUIS Ella le corresponderá, naturalmente.

REQ. He oído decir que no, pero cualquiera entiende á las mujeres... Yo me figuro, y esto no es más que una simple suposición, no lo tomes por donde quema, que ella en el fondo... ha querido esperar tu llegada... para consultártelo.

J. LUIS Cualquier cosa.

REQ. Será un disparate, pero es mi suposición, estoy en esa creencia.

J. LUIS Allá ella..,

ESCENA OCTAVA

Dichos y DON ABEL

(La presencia de REQUENA, contraría al párroco de Santa María)

- D. ABEL ¡Hola, juventud!
- REQ. ¿Cómo está usted, don Abel?
- D. ABEL Quéjate de los amigos, saben que no sales y aquí les tienes. Admirable compañía.
- REQ. No faltaría más. Aunque éste crea otra cosa, se le quiere, se le quiere.
- D. ABEL He ahí la prueba, deja el paseo, deja su tertulia por hacerle compañía. ¿No es eso? Bien merece un gran agradecimiento.. ¿Montilla salía de aquí, verdad?
- REQ. (Alarmado.) ¿Ha visto usted á Montilla?
- D. ABEL No lo aseguraría, pero se me figuró verlo en el jardín con Carmencilla.
- J. LUIS Pues no ha entrado.
- REQ. ¿Quieres que le llame?
- J. LUIS Déjale, ya vendrá.
- D. ABEL Tampoco lo aseguraría. Discutía muy á placer con ella y de algo importante y cuando discute Montilla no es breve, no.
- REQ. Es insoportable. Y Carmencilla estará pasando las de Caín, porque la conozco. Vaya, vaya, voy á cortarles la discusión.
- D. ABEL Tiene gracia. Hace usted bien. Dificilillo lo veo.
- REQ. Usted lo verá. Bueno, Pepete, hasta mañana... don Abel...
- D. ABEL Adiós, Requena, adiós.
- J. LUIS Adiós, Pepe.
- REQ. (Montilla con ella ¿eh? enseguida.)

ESCENA NOVENA

DON ABEL y JOSE LUIS

- D. ABEL Jé... jé... jé...
- J. LUIS ¿Dice usted que Montilla está en el jardín? Ya me extraña que no haya entrado por aquí.
- D. ABEL Jé... jé... jé...
- J. LUIS ¿De qué se ríe usted?
- D. ABEL De qué me voy á reír? Me estorbaba Requena y yo mismo le he abierto la puerta. Ni está Montilla, ni le he visto; pero yo sé lo que me digo y lo que me hago.
- J. LUIS ¡Ah, vamos! Ahora río yo también.
- D. ABEL Ardides del juego son.
- J. LUIS Así ha salido el pobrecillo, de estampía.
- D. ABEL Sí señor, sí, me estorbaba Requena... Es preciso, José Luis, que tú y yo hablemos.
- J. LUIS ¿Nosotros?
- D. ABEL Sí. . . y no poco.
- J. LUIS Usted dirá, es decir, quizás sea yo el que deba decirlo, ¿no es eso?
- D. ABEL Por ahí voy, por ahí voy. Tú no quieres nada con el párroco de Santa María. Le has olvidado. Este pobre párroco de Santa María no se ha olvidado de tí... Lo diré yo ya que tú lo has querido. ¿Te vas mañana?
- J. LUIS Don Abel...
- D. ABEL ¿Es indispensable ese viaje mañana mismo? Contéstame.
- J. LUIS Pero ese afán...
- D. ABEL Si no quieres contestarme, me iré, no volveré á molestarte.
- J. LUIS Sí, don Abel... mañana quería irme; esa fué mi última decisión.
- D. ABEL Indispensablemente... mañana. Perjuicios y muy serios podrian acarrearle demorar tu viaje ¿no es eso? ¿Tan sagrados son para que no podamos saberlos? ¿Es que te vás, ó es que huyes?
- J. LUIS Huir... ¿De quién?

- D. ABEL. Tu estancia en Madrid, lleva unida á tu futura vida algo que no quiero adivinar. Huyes porque temes. Te vás porque tu conciencia, y quiera Dios me equivoque, no te permite vivir tranquilo ¿verdad? No hay el valor suficiente para desligarte en absoluto de lo que te ata, te domina, te ordena.
- J. LUIS No es eso, don Abel.
- D. ABEL. Sí, tu proceder lo afirma. Nuestra presencia te contraría. No ves la hora de verte por esas tierras en esa libertad que tanto ambicionas. No es libertad, no, es cobardía. ¿Tan grande es el sacrificio que te pedimos? Por mí, no, que ya veo soy incapaz de conseguir tu reflexión, tu obediencia. . . Por tus padres, José Luis, debes quedarte. ¿Tan difícil es esto, Dios mío?
- J. LUIS Don Abel, esa reflexión misma hace precipitar mi viaje. Cuanto más tiempo viva en esta casa, tanto más dolorosa será la separación usted lo ha dicho, sí, quiero verme lejos, pero no por recuperar esa libertad que no ambiciono, no. Quiero verme lejos para poder ser el que debo ser, el que seré. Algo más también que el cariño de mis padres dejo en esta casa; el amor de mujer. . .
- D. ABEL. Calla, no sigas. ¿Qué podrá esperar de tí, si así te conduces? No la quieres.
- J. LUIS Sí, don Abel.
- D. ABEL. No, no y no, . . . ¡Egoísta! ¡Loco!
- J. LUIS Don Abel.
- D. ABEL. Loco, sí, loco.
- J. LUIS Yo le juro. . .
- D. ABEL. No jures. . . no eres franco, no quieres serlo, eres cínico, eres malo. Vete, vete con esa mujer que ahí te espera y que te arrastra.
- J. LUIS ¿Pero usted lo sabe? (Estrañado, pero sin ponerse trágico)
- D. ABEL. Sí, lo sé. ¿No lo creías, verdad? No te estrañe. . . Te espera, lo sé.
- J. LUIS ¿Y mis padres lo saben?
- D. ABEL. ¿Qué te importa de ellos? Vete, José Luis, con esa mujer indigna.

ESCENA DECIMA

Dichos é ISABEL

(Interrumpiendo)

- ISAB. Don Abel, la tía preguntaba por usted.
D. ABEL. ¡Isabel!... si, ahora voy.
ISAB. Allí estamos (Se vá)
D. ABEL. (Mirando alejarse á Isabel y encarándose con José Luis)
Eres indigno de ella. ¡Qué locura, señor, qué locura!

ESCENA UNDECIMA

JOSE LUIS, solo

- J. LUIS Esto es insufrible... He debido decírselo. Es el único que puede saberlo y quien ha de disculparme ante ella. Necesito hablarle hoy mismo, antes que mi desesperación me haga cometer una imprudencia... Pero, no, no, callaré, que digan lo que quieran... El tiempo se encargará de hacerme justicia... Ahí viene mi madre con don Abel... ¿Qué pensará de mí? ¡Dios mío! (Se vá)

ESCENA DUODECIMA

DOÑA ROSALÍA Y DON ABEL

- D.^a ROS. No está aquí.
D. ABEL Desde el jardín he visto su cabecita á través de la ventana. Paseaba inquieto seguramente.
D.^a ROS. Nos habrá visto venir y habrá querido evitar nuestro encuentro. ¡Ay, don Abel!
D. ABEL ¿Con usted no ha hablado todavía?
D.^a ROS Yo nada he podido preguntarle. Sé que se va mañana y no solo. Esto es lo que más me duele, don Abel.
D. ABEL No ignora usted la presencia de esa mujer?

- D.^a ROS. Me lo acaban de contar sin perder detalle. Que bajó del coche y le faltó tiempo para preguntar por mi hijo. Sé que se han visto, que han hablado. Sé lo que el pueblo sabe, lo que se figura... El escándalo... este lo siento aquí, don Abel. (Secándose los ojos)
- D. ABEL ¡Bendito sea el Señor!
- D.^a ROS. No he querido saber más. ¿Es definitiva su resolución?
- D. ABEL Definitiva.
- D.^a ROS. Vaya en buen hora... La conducta de mi hijo espanta. Pero no es él el culpable, no, mi hijo no es capaz de traer consigo esa mujer... No puede concebirse tal cinismo. Ella es la mala, la infame, ella le busca, ella le domina ¡Dios mío! ¿Tan grandes serán sus derechos?
- D. ABEL Doña Rosalía, es preciso ser fuerte.
- D.^a ROS. No puedo más. Llevo unos días que no vivo. Voy á ver á Manuel ¡Dá pena verlo!
- D. ABEL ¿Continúa en sus habitaciones?
- D.^a ROS. Se encerró en ellas y se obstina en no ver á su hijo.
- D. ABEL Vamos, sí, me despidiré de él.

ESCENA DECIMA TERCERA

ISABEL Y ROSA MÁRÍA

- ISAB. Como tú quieras.
- R. MARIA ¿Verdá que sí? No hay uno que merezca dos lágrimas nuestras.
- ISAB. ¿Vendrás temprano mañana?
- R. MARIA Nos veremos en misa. No faltes.
- ISAB. Iré á felicitarte ¿verdad?
- R. MARIA Qué se yo. Tenía jurao no perdonarle esta última charraná... Pero... ayá veremos las satisfacciones que me dá esta noche...
- ISAB. ¡Pobre Gabriel Lujúan!
- R. MARIA Pa volvé á reñir otra vé la semana que viene, como si lo viera y así... hasta que Dios quiera.
- ISAB. Hasta mañana.
- R. MARIA Adiós.

ESCENA DECIMA CUARTA

ISABEL Y JOSÉ LUIS

(Por la puerta que ISABEL va á entrar, sale JOSÉ LUIS)

ISAB. Pepe...

J. LUIS ¿Se fué don Abel?

ISAB. No lo sé.

J. LUIS ¿Te vas?

ISAB. Voy á ver á tu madre... hasta luego (Al tiempo de irse)

J. LUIS Isabel.

ISAB. ¿Qué quieres?

J. LUIS ¿Tienes mucha prisa?

ISAB. Alguna, ¿por qué me lo preguntas?

J. LUIS ¿Quiéres hacerme el favor de escucharme? Te lo ruego, Isabel, te lo suplico

ISAB. ¿Qué te escuche? ¿Y me lo ruegas? No hacía falta. Si eres breve...

J. LUIS Tengo que hablarte de algo importante, de algo que quiero sepas antes de mi marcha.

ISAB. Estas excitadísimo. ¿Qué es ello? Ya te escucho, ya.

J. LUIS Isabel... me voy mañana.

ISAB. No es un secreto para nadie tu marcha. Lo sabemos todos; mañana... y muy temprano, ¿verdad?

J. LUIS Verdad. Pero mi marcha, mi huída, como algunos la llaman, va envuelta en un misterio, en un escándalo, que por mi tranquilidad he de aclararte. Necesito decirlo. Es preciso, Isabel, que lo sepas.

ISAB. Acaso tu intranquila conciencia te exige una confesión.

J. LUIS Mi conciencia no me acusa de nada. Está satisfecha. Mi dignidad, en cambio, requiere una explicación. ¿Que me calumnia el pueblo? ¿Qué me importa? ¿Qué mañana mi nombre correrá de boca en boca? Ya lo sé. ¿Qué me importa también? Pero me importas tú.

ISAB. ¿Yó?...

- J. LUIS No quiero, Isabel, que juzgues nunca á José Luis como lo juzgas ahora; despreciable, odioso. Ni en mi marcha hay escándalo, ni mi proceder es indigno. Yo quisiera explicarte. . .
- ISAB. No necesitas explicarme nada. Mejor dicho, no hay explicación que te redima ¿Para qué hablar de esto?
- J. LUIS Preciso es que te convenzas de mi inocencia. Quiero que. . .
- ISAB. Todo, José Luis, entiéndelo bien, todo te hubiese perdonado porque... á qué negarlo, te quiero. sí.
- J. LUIS Isabel.
- ISAB. Por lo mucho que me has hecho sufrir, por tu mala cabeza, que necesita de alguien que la normalice, por lo que sea. . . ¿Quién será capaz de encontrar la razón de este cariño?... Pero lo que nunca podré olvidar es que tu falta de sentido ó tu exceso de alegría juvenil, como alguien lo califica, te haya hecho ser cínico, dando lugar al escándalo que ha levantado en el pueblo y al infierno-que ha traído á esta casa esa mujer.
- J. LUIS Esa mujer es indigna de toda calumnia. No es lo que te figuras; lo que todo el mundo crée: te lo juro.
- ISAB. ¿Qué derechos son los suyos sobre tí, que te hace huir precipitadamente de esta casa? Comprende que son absurdas tus palabras. Hasta ahora solo has presentado disculpas faltas en absoluto de toda razón. ¿Quién es esa mujer?
- J. LUIS Hoy, Isabel, no puedo decírtelo. Con el tiempo lo sabrás y entonces disculparás mi modo de proceder.
- ISAB. No te entiendo.
- J. LUIS Lo comprendo. Y mira si estaré seguro de mi acción, que aquí me tienes, Isabel, dispuesto á obtener tu consentimiento para que tan pronto como llegue á Alemania entere á mis padres de nuestro cariño.
- ISAB. ¿Qué quieres decir? ¿Estás loco?
- J. LUIS No, Isabel, no estoy loco, pero acabaré por estarlo si os obtináis en acusarme de una falta de la que no soy culpable.

- ISAB. De lo que no tenemos pruebas.
- J. LUIS Si las tuvieses, Isabel, ¿me creerías digno de tí?
- ISAB. Entonces...
- J. LUIS Yo te juro, Isabel, que soy bueno. Que te quiero como nunca he querido, y que cifro mi sueño en que este amor grande abra en nuestra vida una era de gloria, de paz... Créeme, Isabel, realicemos este sueño que es toda mi vida ¡Soy tan tuyo!...
- ISAB. ¿Quién me lo asegura?
- J. LUIS Mi juramento. ¿Accedes?
- ISAB. Aunque solo fuera por mi propio egoísmo... tan agradables me parecieron los malos ratos que me has hecho pasar, que confío mi felicidad á esa cabecita loca y á ese corazón falto de todo sentimiento.
- J. LUIS Eso no, Isabel, que yo también sé...
- ISAB. Cuidado, primito, nada de entusiasmos, que aún no cumpliste tu promesa y no olvides entre tanto, que tu proceder ha herido dos amores: el de tus padres, santo y digno de todos los respetos y el de mujer que aspira al orgullo de ser único. Necesito creerte.
- J. LUIS Sí, yo te prometo que lo sabrás, solo te pido que no digas nunca que lo sabes, que llegarás á saberlo. Llevarás conmigo este secreto. Lo sabréis tú y don Abel; ese gran corazón á quien tanto le debemos.
- ISAB. No lo sabes bien.
- J. LUIS Isabel, mira si será sacrificio el mío, que deseo irme, porque marcha mi me atrae más á tí. En mi ausencia lo sabrás todo y quiero ser feliz contigo, sí, contigo y para toda mi vida.
- ISAB. ¿Oyes? Alguien viene. Pepe, me voy. Adios.
- J. LUIS ¿Te veré mañana?
- ISAB. Y muy temprano (Mutis)

ESCENA FINAL

JOSE LUIS y DON ABEL (Con el manto puesto)

- J. LUIS ¿Se marcha usted, don Abel?
- D. ABEL ¿Eh?.. ¡Ah!... Estabas ahí... Sí me voy, mi misión por hoy ha concluido en esta casa. Apro-

vechemos este encuentro para despedirnos. Mis obligaciones quizás no me permitan que baje á despedirte ¿Pero qué digo? No. A la estación no iré, no quiero encontrarme con ella.

J. LUIS

Esa mujer, don Abel, saldrá esta noche. Mañana iré yo solo. Evitaré al pueblo la satisfacción de que nos vean juntos. Que inventen, que imaginen á su placer. Juntos no nos verán marchar, aunque iremos juntos.

D. ABEL

Es igual, haz lo que quieras. No seré yo quien te pida cuentas. Estoy convencido de que no te merezco más consideración ni más respeto que el que puedan ofrecerte mis años. Me he equivocado, no eres tú el José Luis de entonces. El que yo conocí y quise siempre. Ahora eres más hombre ¿verdad?... Pero ¿á qué seguir? Si rodando el tiempo abres los ojos y la luz de la razón te ilumina, acuérdate de este humilde ministro del Señor, que no habrá dejado pasar un solo día sin pedir en sus oraciones de todo corazón por tu alma. Vete con Dios.

J. LUIS

Sí, don Abel, pero no sin antes haber explicado mi conducta á quien únicamente puede saberla.

D. ABEL

Hace tiempo que debiste confesar toda la verdad, por amarga que ella sea, que tu confesión podría haber servido para inclinar á tus padres al perdón. No has querido defenderte. Es muy natural, muy humano. El orgullo afianzado por las pasiones y vicios, se obstina en no humillarse con una confesión franca y noble. No son dignos tus padres de que así los trates.

J. LUIS

¿Cómo he de confesarme á ellos si no es posible?... A usted, sí... sí, don Abel. Ahora más que nunca.

D. ABEL

¿Acaso ha llegado el momento de tu arrepentimiento? Si es así ¡bendito sea quien te inspiró confianza en estos hábitos! Habla, José Luis y procuremos que el escándalo tenga el menor eco posible. ¿Qué vínculos te unen á esa mujer que así te arrastra? ¿Qué derechos tiene adquiridos sobre tí, que te hace temer por tu tranquilidad y huri con ella de tu casa, de los tuyos?

J. LUIS Huyo, sí, don Abel, pero á mi huída va unido un sacrificio que el destino me ha impuesto. Esa mujer no es lo que ustedes creen, don Abel... Nos une un vínculo, sí, pero no por nuestra culpa, sino por la falta de quien no puedo, ni debo pedir cuentas.

D. ABEL ¿Qué dices?

J. LUIS Sí, don Abel.

D. ABEL (Mirando si alguien escucha) Espera... sigue, sigue...

J. LUIS ¿Acaso usted no conoce la historia?

D. ABEL Sí la conozco... pero... espera... dime ¿no se fueron á América madre é hija?

J. LUIS Sí, la madre murió allí. La hija fué recogida por una señora que la trajo á España, donde hace pocos meses ha fallecido.

D. ABEL ¿Y cómo has conocido á esa mujer?

J. LUIS Bastó mi apellido, pronunciado por una persona que frecuentaba la casa. Recordó su historia, logró informarse y esto es todo. La situación, don Abel, es muy grave. Ahí está decidida á pedir protección á quien es responsable de su vida.

D. ABEL Tú no debiste consentir que viniera; debiste evitar el escándalo.

J. LUIS Todo su afán fué conocer el pueblo en que nació: esto no pude impedirlo. El escándalo lo he evitado. Estaba decidida á no marcharse sin hablar con mi padre. Yo me la llevo y mientras queda usted encargado de buscar una solución al conflicto; yo cuidaré de ella, que al fin y al cabo alguna obligación tengo.

D. ABEL ¡Oh, sí, es preciso evitar á todo trance que tu madre se entere ó pueda sospechar la verdad del caso. Ella ha de perdonar tu falta, pues si hoy busca disculpa á tu calaverada, creerá luego en tu arrepentimiento. Si llegase á saberlo todo, no perdonaría nunca el haberla ocultado la verdad.

J. LUIS Ya ve usted si es poco egoísta mi conducta, que tal sacrificio impone al primer amor de mi vida, sin otra recompensa que la triste despedida que mañana me espera.

D. ABEL ¿Tu primer amor dices, ¿estás seguro de él, Jose Luis?

- J. LUIS Tan seguro como de la nobleza de mi proceder.
D. ABEL ¡Hijo mío! Vete tranquilo. Hasta mañana.
J. LUIS ¿Bajará usted á despedirme?
D. ABEL Sí, quizás sea el único, pero no olvides que tu sacrificio de ahora será bien recompensado.
J. LUIS Gracias, don Abel, que me quiera mucho.
D. ABEL Tanto como tú te lo mereces.
J. LUIS Hasta mañana, pues.
D. ABEL Hasta mañana, que comenzaré la obra de tu rehabilitación. (Don Abel viendo marchar á José Luis).
¡Juventud, juventud, cuántas lágrimas encierran tus alegrías!

TELÓN

